

fuere dado imaginar; observad que duerme; se juzga para siempre alejado del bien, no tiene ya ni remordimientos ni conciencia, por lo ménos así lo cree. . . . . Pero un día, así como en el sueño de Nabucodonosor, una peña *desprendida de la montaña viene á romper los piés de barro del coloso, de igual manera, sin causa aparente, se condensará en su corazon desesperado una lágrima; subirá del corazon, y, pasando por los caminos que Dios ha trazado para llegar á los ojos marchitos, rodará por sus mejillas. Esta sola lágrima le habrá revelado la verdad y devuelto el honor del bien.*

LACORDAIRE.

## I.

### MI INFANCIA.

MI FAMILIA.—EL PEQUEÑO COLEGIO DEL SAGRADO CORAZON.—MONGRÉ.—UNA BUENA PRIMERA COMUNION.

Escribir la propia biografía, es ciertamente lo más ingrato que pueda imaginarse. Sin embargo, euando ésta, léjos de servir para satisfacer la vanidad del que la escribe, tiene un fin moral, el deber hace que la tarea sea ménos penosa.

A mi entender, estoy en ese caso.

Habiendo combatido á la Iglesia durante diez y siete años, con un encarnecimiento y un furor de que hay pocos ejemplos, y habiendo salido súbitamente de ese abismo de ódio, en virtud de un movimiento del alma tan inesperado como extraordinario, me creo en la obligacion de confesar al público mi pasado.



Esta obligacion es satisfactoria para mí, porque el relato de mis extravíos, la narracion de mis errores llevados al extremo, y finalmente, mi conversion sincera á la verdad, darán, tal es mi conviccion, alguna esperanza á los que lloran la ceguedad de un pariente ó de un amigo.

Parecia que yo estaba extraviado para siempre en el indefinible laberinto del mal. No obstante, he salido de él guiado por una mano invisible que se apoderó de mí, y que á pesar mío me salvó del horrendo abismo. Puesto que la misericordia de Dios es verdaderamente infinita, todos los cristianos debemos poner en ella nuestra esperanza.

Comenzaré por decir que pertenezco á una familia del mediodia, entre la cual fué siempre proverbial la piedad.

Por parte de mi padre, figuran en nuestro árbol genealógico, san Francisco de Regis, el admirable Apóstol de Languedoc, y el Padre Claudio de la Colombière, venerable confesor de la bienaventurada Margarita María; y por la parte de mi madre, Monseñor Affre, el Arzobispo mártir, que en Junio de 1848, y en el momento de cumplir con una mision de paz y de fraternidad en medio de las barricadas del barrio de San Antonio, en Paris, cayó mortalmente herido por la bala de un asesino que permanece ignorado.

Mi abuelo paterno, Cárlos Jogand, tuvo cinco

hijos, á saber: Víctor, que murió en el servicio de Dios, siendo Capellan del Hospital de la Caridad, en Marsella; Mario, mi padre; Josefa mi madre, actualmente religiosa de Lion; Luis, que falleció, dejando una viuda con tres hijos, y Gabriel, que murió muy jóven de una manera trágica en la costa occidental africana, víctima de las hordas salvajes.

Mi madre, Josefina Pages, tiene una sola hermana, Rosa, la cual es viuda con dos hijos.

Los Pages son de Languedoc, y los Jogand de la Provenza.

Entre los primeros, se cuentan algunos republicanos del partido moderado. Tales fueron mi abuelo materno, Leonidas Pages, y su hermano Junio, que era consejero municipal en Marsella cuando estalló el 4 de Setiembre. Su llamado liberalismo, así como el de sus parientes los Affre, no les impedía ser cristianos profundamente creyentes.

Mi padre, católico ante todo, somete de una manera absoluta la política, en la cual se ocupa muy poco, á la religion, que á sus ojos es lo esencial.

Nací en Marsella el dia 21 de Marzo de 1854.

Mis padres me pusieron por nombre Gabriel, en memoria de mi tío asesinado por los salvajes de Dahomey.



Segun la costumbre muy extendida en el Mediodia, agregué el apellido materno al paterno. He aquí porque en el estado civil me llamo Gabriel Jogand Pages.

Soy el segundo hijo de mis padres. Mauricio es cuatro años mayor que yo. Profesa las letras, y esta ha sido la causa de que alguna vez se nos haya confundido; sin embargo, tal confusion no debiera tener lugar, puesto que, por razones que expondré más adelante, adopté el pseudónimo literario de *Leo Taxil*, y nunca he firmado algun escrito con mi nombre de familia. Por otra parte, en materia de religion, mi hermano y yo pensamos de distinto modo.

Tuve además una hermana, Margarita, que acaba de fallecer.

A los cuatro años y medio, ingresé como alumno externo á un instituto de Marsella, el Colegio del Sagrado Corazon, sito en la calle de Barthelémy.

Me acuerdo de esta escuela como si aun estuviera en ella.

Vestia aun el traje de los niños. Eramos una veintena de rapazuelos, á quienes la hermana María Antonieta enseñaba á leer; le dábamos un trabajo bárbaro. Pero la buena hermana tenía una paciencia inimaginable y era realmente buena. Nos amaba como si fuéramos sus hijos.

Más tarde, no me quedé atrás, entre los periodistas libre pensadores, en declamar con toda la indignacion del oprimido, contra la ferocidad de las hermanas que enseñan á las niñas ó á los párbulos. El más leve papirote, denunciado por una crónica cualquiera, nos servía de pretexto para declamaciones ditirámicas; un ligero tiron de oreja, ¡qué brillante motivo para levantar una grita contra el restablecimiento de la tortura! En cambio, me cuidaba mucho de hablar de mis recuerdos personales; me habría visto obligado á confesar que la buena hermana María Antonieta, la hermana *Confite*, como la llamábamos, porque tenía siempre las bolsas llenas de grageas, era para nosotros una verdadera madre.

Permanecí en el Sagrado Corazon hasta la edad de nueve años.

Los profesores que tuve, me dieron una buena instruccion primaria. Estos fueron: el Sr Ripert, un honrado anciano que nos hacia cantar en coro: *Maese Cuervo parado en un árbol*; el Sr. Fillion, á quien juzgábamos como el rey de la caligrafía, y el Sr. Roubaud, un venerable y pobre propietario, que se hizo profesor á fin de remediar la insuficiencia de su modesta renta, el cual, para tomar rapé sin que lo vieran los alumnos, se sambullia rápidamente en la tribuna y volvía á sacar



la cabeza al momento exclamando: Jogand, decline vd.: *rosa*, «la rose.»

¡Oh! el Celador general era terrible. Se llamaba el abate Plane, y tenia, el infeliz, la más ingrata fisonomía. Era tan cacariso, que nunca pudo afeitarse bien. Imaginaos un queso de *grullere* en cuyos agujeros hubieran puesto pelos. Le teníamos un miedo serval. Desde que M. Plane se presentaba en la puerta de una clase, nadie se atrevía á respirar; cada quien contenía la respiracion, temiendo parecerle *disipado*, ó verse condenado á *copiar un verbo*; pues, haciéndole justicia, no era avaro en punto á castigos. Con él, era preciso ser discreto. En una palabra: era este un coco, un fantasma de los más terroríficos; pero hoy, que ha pasado el periodo de los terrores infantiles, pienso que no era tan malo, y que el director lo habia escogido para las severas funciones de celador general, en virtud de su cara espantosa.

El abate Ytier, director, era la antitesis de M. Plane. Cuanto éste nos espantaba, tanto nos atraia el excelente M. Itier, siempre indulgente, siempre empeñado en hacernos agradable la escuela. Se habia reservado especialmente la clase de Religion; de manera que á él debo los primeros conocimientos de las verdades cristianas.

En Octubre de 1863, mis padres me enviaron

al Colegio de Nuestra Señora de Mongré, en Vllafranca, del Saône, cerca de Lyon.

Mongré es un colegio libre, que pertenece á la Compañía de Jesus.

El edificio, admirablemente construido, está situado en una basta llanura. El colegio tendrá unos seiscientos alumnos. Se está ahí perfectamente en todos sentidos. Mongré es superior á cualquier liceo, y aun á muchos colegios católicos; lo digo por experiencia: el establecimiento está lleno de comodidades, de que es difícil formarse una idea. Los estudios se hallan á una altura de las más elevadas.

Si es cierto que mi conciencia me remuerde por apreciaciones nacidas de una malevolencia intencionada; si tengo en mi pasivo críticas de mala fè, hechas durante mi insensata lucha contra la Iglesia, tengo por lo ménos el consuelo de que siempre hice justicia á mis maestros de Mongré. La impresion que conservé de ese colegio fué siempre tan grata para mí, tan indelebles fueron mis excelentes recuerdos, que, aun en lo más rudo de mis ataques á los Jesuitas en general, no podía ménos que hacer una excepcion de los padres de Mongré; me era imposible hacer lo contrario.

Y sin embargo, no fueron más que dos años los que permanecí en esa casa.

Los Jesuitas han adoptado un método, que es



en mi concepto el mejor; pero que requiere profesores muy difíciles de encontrar. Entre ellos, el alumno no cambia de profesor cada año, como sucede en los otros colegios. Un mismo Padre se encarga de determinados discípulos, desde la clase más elemental, hasta llegar á las superiores. De esta manera, el alumno trabaja con más facilidad, y, por otra parte, el profesor, conociendo á fondo las aptitudes especiales de su discípulo, le conduce más fácilmente á través de las dificultades de la instruccion.

Pero para esto, es preciso que cada Padre encargado de la enseñanza, sea de una capacidad extraordinaria, y que sepa á la vez ceñirse á todas las exigencias de su situacion. Id, pues, á solicitar de un profesor de Retórica en la universidad, que descienda á dar durante un año la clase elemental de Francés! Hé aquí por qué los alumnos afluyen á los colegios de Jesuitas.

Durante los dos años que permaneci en Mongré, el colegio tuvo un lleno completo. Habia alumnos procedentes de las cuatro partes del mundo. Segun recuerdo, Italia y Portugal eran las naciones mejor representadas numéricamente; pero entre mis compañeros habia alumnos originarios de Batavia, de Sidney y de Nueva-Orleans.

En aquella época era superior, ó Padre Rector, el P. de Bouchaud.

Entré á la sesta clase, á fin de perfeccionarme en el latin, del que no habia aprendido más que rudimentos en el colegio del Sagrado Corazon.

El profesor de esa clase, se llamaba el Padre Richard. Era muy querido de sus discípulos. Incapaz de cometer la menor crueldad, se hacia respetar de ellos solo á fuerza de mansedumbre. y esto no era una afectacion, sino cualidad propia de su carácter. Era, pues, la bondad personificada.

En los ardientes dias del Estio, cuando hacia buen tiempo, solía sacarnos á pasear al campo, bastante léjos. Llevábamos pan y chocolate. En el camino, compraba cerezas á un labriego, y nos las distribuia. Llegábamos á un bosque y ahí, sentados á la sombra de los árboles, nos explicaba la gramática, el latin, el catecismo ó la historia. Despues jugábamos y merendábamos sobre la yerba. ¡Oh! os aseguro que con semejante maestro, estábamos á quien supiera mejor sus lecciones. Las excursiones de esta especie no eran frecuentes; pero ¡cómo se empeñaban todos en cumplir con sus deberes, para agradar al bondadoso profesor y corresponder de esa manera á sus instructivos paseos.



El colegio todo habría querido pertenecer á la clase del Padre Richard.

Yo no era un mal alumno. Merced á la deferencia del Padre Rector actual, he consultado los archivos de 1864 y 1865, y visto con júbilo, que no pasaba inadvertido en las distribuciones de premios. En la sexta clase (1864) obtuve el primer premio en ortografía, y los segundos *accessit* en tema y version latinos.

En la quinta clase (1865) tuve el primer premio de tema latino, el segundo de Historia y Geografía, los primeros *accessit* de instruccion religiosa, de buena conducta y de version latina; el segundo *accessit* de ortografía, y una mencion especial de honor en los exámenes públicos.

Pero dejemos á un lado esos pequeños triunfos escolares y toquemos un asunto de muy distinta importancia: hablemos de un acontecimiento que ciertamente decidió de mi porvenir.

Tenia once años en aquel de 1865, el segundo que pasé en Mongré. A la sazón fué cuando hice mi primera comunión. Se iba á inaugurar la nueva y gran Capilla del Colegio. Para que la ceremonia fuese más imponente, se habian reservado los niños del año anterior, y éramos unos sesenta los que nos preparábamos para ese gran acto de la vida cristiana.

Segun la costumbre, nos habian separado de

los demás alumnos. Asistiamos á las clases como de ordinario; pero pasábamos las horas de estudio y las de recreo en un pequeño castillo unido al colegio y llamado, Castillo de la Barmandière; ahí teniamos tambien nuestro refectorio y dormitorio.

El director del retiro para los que iban á communal era el Padre Samuel, religioso de muy grande mérito y de piedad ardentísima; en una palabra, uno de esos hombres que no pertenecen á este siglo. Me creo en el deber de tributar á este santo eclesiástico un homenaje especial. A él debí el haberme preparado lo mejor posible.

Estaba yo excelentemente dispuesto. Entre un arrobamiento constante esperaba el hermoso día en que me sería dado recibir á mi Creador y mi Dios.

Todo mi pensamiento se concentraba en ese deseo, en esa hambre celestial. Hasta mis mismos trabajos escolares servian para excitar en mi alma infantil los sentimientos de la fé más viva.

Un día, el profesor nos señaló como asunto de traduccion, el episodio del combate naval entre Aníbal y Eumenes.

Aníbal, para ganar la batalla, hace un último esfuerzo á fin de batir el barco en que se halla el jefe de la flota enemiga. Va derecho á su navío, sin cuidarse de los demás que arrojan sobre



él una lluvia de terribles proyectiles; llega al barco de Eumenes y los marinos cortagineses, arrojan multitud de ollas de barro. Los enemigos se burlan de él. ¡Cómo! ¿un solo navío viene contra la flota, y su ataque se reduce á arrojar guijarros? Pero de pronto cesan las burlas. Al romperse las ollas aquellas, dejan escaparse reptiles venenosos que se diseminan por el barco, enredando á los marineros, inutilizándolos y matándolos. Eumenes, jefe de la flota, queda fuera de combate, y Aníbal triunfa.

Hice yo mi traducción lo mismo que mis compañeros; pero este asunto, aunque absolutamente extraño á la religión, me había inspirado reflexiones piadosas.

Concluido el estudio, envié un recado á mi confesor el Padre Futy, suplicándole con instancia que viniera al castillo, manifestándole que tenía una confidencia importante que hacerle.

El Padre Futy vino muy inquieto.

—¿Qué pasa, hijo mío?

—Padre mío; no tengo secreto alguno para vos; conocéis toda mi alma con sus defectos y sus caprichos, os suplico que me digais cual es mi vicio dominante.

—¿Por qué lo pregunta vd?

—Por esto:

Referí entónces á mi confesor la victoria de Aníbal sobre Eumenes, y agregué:

—Eumenes, el jefe de la flota enemiga es mi vicio dominante; los demás adversarios son mis caprichos, mis imperfecciones, mis defectos. Pues bien, yo soy Aníbal y quiero alcanzar una victoria completa. Como el general cartagines, debo emplear la táctica. Hacedme conocer á Eumenes; Iré derecho á él, sin cuidarme de mis otros enemigos. Daré orden á los marinos que estén conmigo de arrojar sobre los adversarios cachorros llenos de pequeñas víboras; mis marineros son mis pocas virtudes; las viboritas son mis plegarias. Ellas ligarán mis defectos, reduciéndolos á la impotencia, hasta que, cuerpo á cuerpo, y empleando mis fuerzas contra mi vicio dominante, logre vencerle en un combate supremo. Una vez muerto Eumenes, arrojaré al mar sus soldados desarmados é impotentes; y con los despojos de los enemigos y el precio de sus navíos levantaré un templo al Dios vivo.

Mis marineros permanecerán conmigo; otros soldados vendrán á agregarse á ellos, atraídos por el prestigio de mi victoria, y entónces, glorioso y triunfante podré recibir al Rey de los reyes en un corazón digno de Él.

Tal era la disposición de mi alma al acercarse el gran día.



Las lágrimas se agolpan á mis ojos cuando vuelvo á leer las cartas que escribía en aquella época, cartas que varios de mis parientes guardaron con grande cuidado y que se han dignado mostrarme.

El año pasado, algun tiempo despues de mi conversion, esto es, en Noviembre de 1885, fui á Lion con objeto de visitar á mi querida madrina, y aproveché este viaje para pasar á Mongré. Con dos ó tres dias de anticipacion habia suplicado al Padre Rector que tuviera la bondad de recibirme. Llegué, pues, de un modo algo intempestivo.

¡Cuán feliz me sentí al volver á ver ese amadísimo colegio, donde se deslizaron los mejores dias de mi infancia!

La primera persona á quien encontré fué al Padre Samuel, el mismo religioso que me había preparado para mi primera Comunión. Tambien él estaba de paso en Villa-Franca, y aprovechó su viaje para detenerse algunos momentos en Mongré.

¡Con qué gozo me arrojé, como un niño á los brazos del santo sacerdote! Meditad, pues, cuán clemente se manifestó el Señor al permitirme volver á encontrar, despues de veinte años, al venerable director de mi retiro para mi primera comunión!

Le pedí noticias de todos los padres que conocí.

Unos habian muerto, otros se hallaban diseminados en países lejanos.

El colegio no presentaba el mismo aspecto alegre de otro tiempo. La expulsion decretada por el gobierno, se dirigía, como es sabido, especialmente contra los Jesuitas. Mongré no había podido conservar más que cuatro ó cinco Padres para el cuidado del edificio y la direccion de los estudios. Los profesores son eclesiásticos y legos que habitan fuera del colegio.

¡Yo fui uno de los que pidieron la expulsion de las órdenes religiosas, en nombre de la libertad!... Qué remordimiento para todo lo que me reste de vida! . . . . .

¡Ah! en ese día oré mucho en la capilla del colegio, y con todo mi corazón dí gracias á Dios por haberme perdonado mis pecados y mis crímenes.

Esta visita á Mongré fué para mí un inmenso consuelo.

Jamás olvidaré lo siguiente:

El Padre Rector, despues de haber sido mi guía, á través de los corredores y las clases, me condujo á una galería, donde están colgados todos los antiguos cuadros de honor, desde la fundacion del establecimiento. Ahí, á pesar de que me había hecho indigno de mis maestros, mi nombre siguió figurando en los cuadros pertenecientes á los años de 1864 y 1865; no lo habian borrado.



Y como enternecido manifestara mi asombro, el Padre Rector, me dijo:

—Jamás hemos dudado en Mongré de vuestra conversión á Dios.

El Padre Samuel agregó:

—¡Hicisteis una tan buena primera comunión!

Le recordé algunos hechos de aquella época; él á su vez me trajo á la memoria otros, insistiendo en que mi piedad había sido realmente ejemplar.

—Una mañana, en el castillo, durante el retiro, me dijo, entré en la capilla para orar ántes de decir misa; aún no aparecía la aurora.

Fué grande mi sorpresa al ver á un niño postado en las gradas del altar: en la noche había salido del dormitorio, tomado el gran crucifijo de la capilla, y quedádose velando. Aún tenía entre sus brazos la imágen del Salvador en la cruz; la besaba y la bañaba en lágrimas. Este espectáculo me conmovió profundamente; referí á todos nuestros padres esta edificante aventura. . . . .

Ese niño érais vos; aquella velada tan ardientemente piadosa había tenido lugar pocos días ántes de vuestra primera comunión.

Agradecí al Padre Samuel el haber reavivado mis recuerdos. En efecto, lo conservo en la memoria, mi primera comunión edificó á todo el colegio. También recuerdo que fui elegido entre los niños de primera comunión, para dirigir la pala-

bra á uno de los Obispos que vinieron á Mongré en aquellos días.

La solemnidad tuvo lugar el Juéves de la Ascension.

El pan celeste nos fué dado por Su Eminencia, Monseñor Bonald, Cardenal Arzobispo de Lion, asistido por Monseñor Mermillod, obispo de Génova y Monseñor Marguerye, Obispo de Autun.

Perdóneseme el que haya entrado en tantos por menores. Mi objeto ha sido sostener la influencia de una buena primera comunión en el porvenir del cristiano. Por lo que á mí toca, el hecho es singularmente característico é indiscutible.

Católicos: empeñaos asiduamente en que vuestros hijos verifiquen con el más grande celo ese acto decisivo de la vida religiosa, y si lo lograis, estad seguros de que, aun cuando lleguen á pervertirse, la gracia de Dios no ha de abandonarlos jamás.